

Por último, á fin de no descender á pormenores que nos desviarían del objeto de este discurso, diremos en resúmen que, debiendo todo miembro capaz de una sociedad libre tomar parte en los negocios públicos, tiene por lo mismo el derecho de conocer el estado de las cosas y aun de dar su dictámen cuando sea preciso. Esto se realiza por medio de la publicidad, que presta á cada ciudadano la posibilidad de conocerlo todo y de llevar á la casa comun su parte de experiencia y de consejo. Y como la ley se ha hecho para todos, y todos han contribuido á formarla, todos deben ser iguales ante ella, pudiendo igualmente tener parte en los beneficios de la asociacion, así como la tienen en sus cargas: en este concepto, todos son admisibles á los empleos segun su mérito y su capacidad.

Tal es en mi juicio la verdadera idea de la libertad política.

Antes de concluir quiero hacerme una pregunta que probablemente os habréis hecho á vosotros mismos durante vuestras meditaciones solitarias, á saber: ¿Si la libertad política es una garantía de felicidad para los pueblos que la disfrutan? Á esto yo respondo: De la libertad política puede decirse lo mismo que de la libertad moral. ¿La libertad moral, es una garantía de felicidad para el que la ejerce?— Sí, y no, segun el uso que de ella se hace. Nosotros recogemos lo que hemos sembrado, y serémos retribuidos en proporcion de nuestras obras: tal es la ley de la eterna justicia y de la equidad imprescriptible. Tambien serémos juzgados por nuestros actos y experimentarémos sus consecuencias, si no en la tierra, al menos en el otro mundo; aunque rara vez sucede que no venga el castigo por el mismo camino del pecado. Así pues, si un pueblo abusa de su libertad para cometer injusticias ú obrar mal, recibirá su castigo como el individuo que abusa de su libertad moral: de esta suerte la libertad, en uno y otro caso, se convierte por el abuso en semillero de desgracias; porque la libertad no es en sí misma otra cosa mas que un instrumento, un arma que mata ó salva, que no es ni inocente ni criminal, pero que puede ser lo uno ó lo otro por el uso que de ella se haga. Por lo tanto, tambien requiere condiciones para poder constituir el bienestar de los pueblos. Es necesario que los pueblos sean capaces de ejercerla moralmente, es decir, que posean una conciencia suficientemente ilustrada; que tengan las bastantes luces para comprender sus deberes y la fuerza de voluntad necesaria para cumplirlos.

Sucede con el árbol de la libertad lo que con el de la ciencia:

los dos producen frutos de vida ó de muerte, de mal ó de bien. Evidentemente la ciencia es en sí misma cosa bella y admirable: ella constituye la fuerza y la gloria de la inteligencia aliándola con la verdad: es la intuicion y la reproduccion de lo verdadero en nuestro espíritu, que vive y se engrandece con la luz de la verdad. Mas si á este espíritu ilustrado se une una voluntad perversa; si dominado el corazon por malas pasiones, y esclavo de inclinaciones viciosas, solo abriga tendencias abyectas, movimientos desordenados y desarreglados afectos, la voluntad entonces; cegada por las tinieblas del corazon, y arrastrada por sus torcidos instintos, pervertirá todos sus medios de accion, y cambiará en mal todos los recursos del bien, de manera que cuanto mas inteligente sea, será tanto mas dañosa, y cuanto mayores sean sus conocimientos, tanto mas poderosas serán para el mal sus fuerzas. Mientras mas instruccion le presteis, mas funesta será el arma que poneis en sus manos, de cuya arma usará en daño propio y ajeno. Así, no creais que para hacer felices á los pueblos basta con enseñarles á leer. Esto no quiere decir que los conocimientos no sean buenos, pero sí que deben ser bien empleados, siendo un don funesto cuando les falta semejante garantía. Es necesario, pues, comenzar por hacer mejores á los hombres y por moralizarlos enseñándoles á discernir el bien y el mal, á conocer y respetar el deber, á observar la ley y amar la virtud. Es necesario sobre todo comunicarles por medio de la educacion cristiana el sentimiento y el amor de la justicia, desarrollar en ellos nobles instintos, é inspirarles altas y generosas inclinaciones. Una vez preparados de esta suerte, podeis instruirles sin miedo: en semejante caso, ya no será dañosa la ciencia; por el contrario, se convertirá en un instrumento eficacísimo para el bien. Pero si la sembrais en un alma depravada, á mas de empeorar esta alma, haréis á la sociedad un tristísimo presente.

Á esta respuesta podemos tambien añadir otra reflexion, y es, que la cuestion del dia, así para los pueblos como para los individuos, no es una cuestion de bienestar. Nosotros no estamos en el mundo, señores, para gozar y divertirnos, sino para hacer pruebas peligrosas, que debemos sufrir con la ayuda de la libertad, pues por medio de ella debemos escoger entre el bien y el mal, entre Dios y su enemigo: por medio de nuestra libertad debemos igualmente combatir el mal bajo todas sus formas, y cooperar al triunfo del bien. De consiguiente, tanto la libertad moral como la

política son un combate, una verdadera guerra.— *Militia est vita hominis super terram.* Desde el momento en que principiamos á ejercer la libertad moral, entramos en la lucha. Colocados entre dos términos contrarios que se disputan el asentimiento de nuestra voluntad, es necesario adoptar uno ú otro, al paso que uno y otro nos atraen, merced á las misteriosas relaciones que tienen con los elementos de nuestra existencia. Y como ellos se declaran la guerra dentro de nosotros mismos, nos ponen en lucha con nosotros mismos, resultando de aquí la vida inquieta, dolorosa y agitada de todo hombre que practica su libertad. Á esta ley los pueblos tienen que obedecer así como los individuos.

La libertad política es una guerra continua contra las malas pasiones, y tiene constantemente que defender el interés general contra el particular, la cosa pública contra el egoísmo privado, y la unidad del Estado contra las exclusivas tendencias de los partidos y las ambiciones individuales. Su ejercicio es un campo de batalla diario que se renueva incesantemente, imponiendo á todos los que toman parte en él, como soldados de tan santa causa, muchos y graves deberes, un valor perseverante é inmensos sacrificios. En efecto, señores, el infante destituido de razon puede ser mas dichoso, es decir, puede vivir mas tranquilo y gozar mejor de los placeres de la vida que aquel en quien principia á despuntar la razón, y que batalla con la ley dentro de su propia conciencia, perplejo y vacilante entre el bien y el mal. El niño rodeado de los cuidados que le prodiga el afecto de su familia, y que recibe todo lo que necesita y aun lo que le agrada, sin que le inquiete nada, ¿no os parece, señores, mucho mas feliz que despues de su emancipacion, y cuando dueño ya de su hacienda, la administra á su gusto, y se encuentra agobiado bajo el enojoso peso de sus negocios?—Si se tratase únicamente del bienestar, es decir, del goce tranquilo, no seria dudosa la respuesta. La libertad con sus agitaciones, sus luchas y sus cuidados no es favorable á la paz de la existencia. Pero lo que ahora nos ocupa es la dignidad humana, es el desarrollo de la humanidad, el ejercicio de sus fuerzas, de sus facultades, de su grandeza y su nobleza, y el éxito de la gran prueba á que está sujeto el hombre en el mundo. En este caso, bien podemos decir que, séase lo que se quiera del goce y del bienestar, es necesario que los niños dejen de ser niños, y se hagan adultos para llegar á ser hombres y obrar como tales con todas las prerogativas y los inconvenientes de la libertad. Muy bien

podemos aplicar al género humano la siguiente divisa de un pueblo generoso:— *Malo periculosam libertatem, quam tranquillum servitium.*

Tambien podemos hacernos otra pregunta, á saber:—¿pueden todos los pueblos alcanzar la libertad política? Esto vale tanto como preguntar si todos los hombres que nacen llegan á la edad adulta. ¿Cuántos hay que nacen viables y mueren antes de tiempo! ¿Cuántos llegan á las mismas puertas de la juventud y no entran en ella! Otros muchos tocan á la edad madura y no traspasan sus limites: los menos son los que alcanzan la vejez, y muy pocos los que llegan al término de la carrera. Tal sucede con los pueblos: los hay que por su misma constitucion no pueden vivir, porque el modo con que han sido formados se opone á las condiciones de la existencia hasta la edad adulta. Otros hay que así como ciertos individuos son débiles de cuerpo, de espíritu y de voluntad durante toda su vida: y así como hay hombres que siempre se mantienen jóvenes por su carácter, de la misma suerte existen tambien pueblos perpétuamente jóvenes en virtud de su temperamento; por último, hay pueblos eternamente niños. De consiguiente, se debe de hacer una distincion. La libertad no es de todos los tiempos, ni de todas las épocas, ni para todos los pueblos, á la manera de la libertad moral que no es para todas las edades; y aun cuando todos los pueblos están llamados á la libertad política, que es el privilegio de la edad adulta de las naciones, del mismo modo que todos los niños tambien son llamados á la libertad moral en llegando á ser hombres, sin embargo no todos llegan á lograrla. Muchos mueren antes de tiempo; otros arrastran una infancia larga y prolija, tal vez mas dichosa que el estado de libertad, pero que los hace incapaces de comprenderla y ejercitarla. Ahora comprenderéis por qué la propaganda, tratándose de libertad política, es dañosa, cuando es ininteligente y apasionada, siendo asimismo el mas seguro sintoma que distingue á la libertad verdadera de la falsa. Esta última se afana por imponerse á los otros á cualquiera costa, empleando la violencia á falta de la persuasion, y las armas en lugar de las ideas: en la ceguedad de su entusiasmo, y aguijada por un grosero proselitismo, quiere obligar á las naciones á ser libres á su modo, siquiera carezcan de la necesidad, de la inteligencia y de la energía de la libertad.

Señores, confesémoslo para enseñanza nuestra y de todos los pueblos, hemos cometido una gran falta durante nuestra revolu-

cion, y la hemos purgado verdaderamente. Nuestro ciego amor por la libertad, llevado hasta el furor, ha hecho que no la viésemos como es en sí, en su dignidad espiritual y en su belleza puramente moral, sino bajo el prisma de nuestra pasión, degradada y desfigurada. Quisimos establecerla por medio de la fuerza, y solo logramos hacer reinar el terror, deshonrando su nombre con todo linaje de iniquidades y de horrores. Gritábamos:—¡libertad ó muerte!—; y privábamos de la vida á cuantos rehusaban aceptar semejante libertad! Señores, no tengo inconveniente en decirlo á la faz del mundo, de los partidos y de las pasiones, con toda la libertad del ministro de Jesucristo que debe anunciar la verdad así á los pueblos como á los reyes: las violencias de nuestra libertad son una vergüenza para los que las han cometido y para los que las han tolerado. Pero hay una cosa mas vergonzosa todavía, y es lo que actualmente estamos presenciando, la apología del crimen, la rehabilitación de los mas grandes criminales, y esa especie de apoteosis de la época mas abominable de nuestra historia, acompañada de los hosannas del triunfo y las aleluyas de la resurrección. ¡Ah! señores, no son estos los caminos de Dios; son los caminos de los hombres, de hombres criminales y sanguinarios, y lo digo muy alto desde esta cátedra de la verdad, á fin de tranquilizar la conciencia pública y de encaminar el sentido moral extraviado. Hé aquí la causa de que nuestra obra haya dado tan malos resultados, y de que todos los esfuerzos, las agitaciones y convulsiones de la Francia para fundar su libertad hayan ido á parar al despotismo; despotismo glorioso, y que valia mas que la anarquía, pero despotismo al cabo, y por lo tanto antípoda de la libertad.

Y en el exterior, ¿qué hemos hecho?—No hemos sido mas prudentes: igual furor nos ha cegado. Creímos que en nombre de la libertad todo nos era lícito, y nada de cuanto nos importunaba hemos respetado. Hemos impuesto á los pueblos nuestras opiniones, nuestros sistemas, nuestras leyes, nuestros sentimientos y nuestro entusiasmo; hemos tratado de forzarlos á ser libres; y ¿sabéis lo que les hemos dado?—la conquista y la opresión, que ellos nos han devuelto á su vez.

¡Aquí teneis cómo se ha cumplido la justicia de Dios! No hemos logrado nuestro objeto, porque nuestros medios eran malos; porque con la violencia no se fundan la libertad ni la verdad, y porque en ningún caso es lícito practicar el mal para obtener el

bien. Sin embargo (y esto puede servirnos de consuelo), á vueltas de tantas faltas, hemos llevado á cima grandes cosas que todavía subsisten, y han resplandecido insignes virtudes y heroicos rasgos de valor así en los vencedores como en los vencidos; porque tal es el lamentable destino de las revoluciones; ¡hacer que haya en el regazo de una misma patria vencidos y vencedores! Pero todo lo que ha producido nuestra revolución de justo, de bueno y de verdadero, se hubiera realizado todavía mejor por vías pacíficas y dejando obrar á la Providencia. Los crímenes de nuestras luchas interiores, las violencias de nuestras conquistas y todos los horrores con que hemos aterrado al mundo no eran necesarios para la emancipación de la humanidad. El espíritu del Evangelio que la había preparado durante muchos siglos hubiera sabido consumarla con fuerza al par que dulzura. — *Omnia fortiter et suaviter.*

Con todo, Dios ha tenido piedad de nuestros extravíos, y á pesar de nuestras faltas, nos ha conducido al verdadero objeto en medio de nuestras insensatas agitaciones que hemos debido expiar, que estamos expiando, y que expiarémos por mucho tiempo. El ha hecho surgir el bien del mal, resplandeciendo en esto mas que en ninguna otra cosa su poder, su bondad y su misericordia.